

CERVANTES

ALTÍSIMO POETA



ESTUDIO LITERARIO

POR

ERNESTO VILLAR MIRALLES

Profesor y Secretario
de la Escuela Normal Superior de Maestros de Alicante
y Académico correspondiente
de la Real de Bellas Artes de San Fernando

Este trabajo fué leído por su autor en el festival organizado por
los Centros oficiales docentes de esta ciudad, para conmemorar
el tercer centenario de la publicación del
QUIJOTE, y cuyo acto tuvo lugar en los
Salones del Palacio Municipal, la ma-
ñana del 8 de Mayo de 1905



ALICANTE: 1905

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ANTONIO REUS

Plaza de Isabel II, 6







Cervantes, altísimo poeta

SEÑORES:

Resultan siempre grandiosas las manifestaciones de la cultura, y son al par conmovedoras estas fiestas de la inteligencia, en las que se rinde culto al Genio: ese destello purísimo de la grandeza divina.

¡Bien hayan los pueblos que, al honrar de tal modo sus legítimas é imperecederas glorias procuran al espíritu tan deleitables esparcimientos!

Hoy, España, esa patria nuestra tan querida cuanto malaventurada, saliendo de su punible y habitual indolencia; haciéndose superior al medio en que desesperanzada vive largos años; dando una consoladora é inesperada muestra de no extinguida vitalidad á través de su enervante fatalismo, eleva unánime su voz potente y majestuosa para entonar á coro, en armoniosos y vibrantes concientos, himno de gloria en holocausto al que fué en vida Príncipe insigne de los ingenios españoles: el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra.

¡Plegue á Dios que esta grandiosa manifestación del sentimiento patrio en un mismo punto y momento hacia uno de sus más preclaros hijos; que esta espontánea y general glorificación al genio del escritor incomparable, sirva en los comienzos de la vigésima centuria de nexo glorioso entre las pretéritas grandezas que su augusto nombre evoca y los insaciados y justísimos anhelos de una resurrección salvadora por tanto tiempo mecida ¡ay! en brazos de la solícita esperanza!

Y expuestas estas ingenuas manifestaciones de hijo amantísimo hacia la triste madre patria, sugeridas por las añoranzas de un pasado de glorias y grandezas, al que vive indeleblemente unido el preclaro nombre del portentoso genio á quien hoy juntos festejamos, permitidme benévolutos que me atreva á intentar lo que ha de serme muy difícil conseguir.

Nadie con más justa causa, como yo lo pretendo de vosotros, suplicó nunca por anticipado la indulgencia. Otorgádmela, pues, y perdonad el inescusable atrevimiento en gracia siquiera á la buenísima intención que en tales andanzas me ha metido.

Y ya que los apremios de la amistad de un lado y la antigua y arraigada devoción mía por el Manco inmortal de otro, me llevaron á echar sobre mis débiles hombros pesadumbre tan excesiva, seré breve, compensando así lo grande del atrevimiento con la cortedad del discurso.

Y entremos en materia.

Aunque devotos ferventísimos, como dejamos

consignado, del preclaro autor del INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, libro inmortal cuya publicación festejamos, llamado á perdurar mientras el hombre rinda en el mundo culto á la belleza, y el sentimiento artístico impere en las leyes del buen gusto, y del que muy justamente pudo decir el famoso poeta entreverado

«Libro en mi opinión divi-
Por lo bello de lo humá-»,

no somos de los que llevados de un exceso de adoración idolátrica, más perniciosa que acertada y conveniente, calificada en justicia por el sabio polígrafo Sr. Menéndez y Pelayo de *fetiquismo cervantista*, atribuyen al egregio novelador «singulares ideas científicas y estudio positivo de todas las ciencias y artes, liberales y mecánicas, claras y obscuras, con muchas trascendencias y marañas filosóficas, que, á ser ciertas, convertirían el *Quijote*, de libro tan terso y llano como es, en la más enojosa de las enciclopedias» (1); antes bien, abrigamos la honrada convicción de que son arbitrarias é irreflexivas tamañas suposiciones, y estimamos, en consecuencia, que los innumerables comentaristas de las obras de Cervantes, y muy especialmente los del *Quijote*, (salvando la buena intención), más han contribuído á obscurecer su claridad meridiana que á iluminar y difundir los deleitosos encan-

(1) Menéndez y Pelayo. Historia de las ideas estéticas en España.

tos y primorosas donosuras de sus páginas inmortales.

No negaremos que Cervantes, con la clarividencia propia del *genio*, en sus atisbos alcanza-
ra á ver, á conocer, y aun á adivinar lo que los
tristes mortales privados de tan maravilloso don
podemos sólo aquistar por medio del prolongado
y paciente estudio, unido á los esfuerzos de la vo-
luntad. Pero de esto á suponerle tan consuma-
do teólogo como eminente jurisperito; tan afa-
mado geógrafo como entendido médico ó pro-
fundo matemático, etc., es querer sacar las co-
sas de quicio; es olvidar que Cervantes, *ingenio
lego*, (como entonces se calificaba á los que ca-
recían de títulos académicos), no podía hallarse
en posesión de otros conocimientos científicos
que los vulgares y corrientes en la cultísima so-
ciedad de su tiempo; y así los expone y divulga
siempre llanamente, sin artificios escolásticos,
ni atildamientos magistrales, en todos sus pere-
grinos escritos, que si brillan, conmueven y se-
ducen, más que por la calidad del fondo es cier-
tamente por su incomparable forma; esto es, por
su galanura poética y rotunda elocución.

Por tanto, en nuestro modo de sentir, los que
así discurren y proceden, empeñados en ver y
admirar tan sólo en la hermosísima obra litera-
ria cervantista lo accesorio, con preterición in-
justificada de lo principal, imitan seguramente
al donoso héroe manchego en lo de tomar por
descomunales gigantes las movibles aspas de los
molinos de viento, y considerar los acompasados
golpes de los mecánicos batanes por misteriosos

trabajos de ciclopes, titanes y otros subterráneos moradores, fruto legítimo todo de sus malas, continuas y empecatadas lecturas.

Y aquí, lo preterido y lo principal es, que Cervantes, más alabado quizás que conocido en toda la extensión de su imperecedera obra literaria, fué ante todo y sobre todo, altísimo poeta, *artífice incomparable de obras de imaginación*, con lo que le basta y sobra para haber alcanzado justamente la inmortalidad.

¿Cómo no, si á esta privilegiada condición, por nadie superada; á esta exuberancia de la riquísima fantasía de su mente creadora; á este don envidiable de su exquisita sensibilidad y de su temperamento artístico, debió sólo sus portentosas disposiciones de singular novelista y de narrador admirable?

Y erran seguramente los que esto olvidan; y los que, confundiendo de modo lastimoso el fondo con la forma con indisculpable ligereza, niegan á Cervantes el legítimo dictado de poeta, sin reparar en su ceguera que, como afirma muy justamente el repetido Sr. Menéndez y Pelayo, «el Ariosto, Shakespeare y Miguel de Cervantes, son los tres grandes poetas del Renacimiento, que encarnaron en sí toda la grandeza de aquel período de transformación y de plenitud humana».

¿Qué otra cosa que poesía, es decir, «oro purísimo de inestimable precio, son el número, la cadencia, la armonía y el no igualado manejo del hipérbaton de la prosa estética de Cervantes?

¿Qué otra cosa que deliciosísima poesía es la que á raudales brota de sus incomparables invenciones, por ninguno superadas, y con estro tan divino referidas?

Nadie medianamente versado en achaques literarios que tenga alma y que sepa sentir, negará al *Quijote* su altísima cualidad de sublime concepción poética sin estar escrito en verso. En cambio, tan sólo los privados de sentimiento artístico, apreciarán como obras poéticas, entre otras muchas, á pesar de su lenguaje rítmico, la *Cirujía Rimada* del Maestre Diego de Cobos y la *Argentina* de Martín Barco Centenera.

Seguramente Cervantes, como dejamos dicho, fué, ante todo y sobre todo, altísimo poeta; y de serlo se preciaba, como se desprende de sus propias declaraciones al escribir:

«Desde mis tiernos años, amé el arte
Dulce de la agradable poesía
Y en ella procuré siempre agradarte.»

Y esta manifestación es tan cierta, que en todas sus hermosísimas creaciones, novelescas ó dramáticas, campea siempre, en primer término, el poeta en toda la plenitud de su potencia creadora, de su gallarda fantasía y de su estro maravilloso; ora emplee como medio expresivo de sus poéticas ideas la prosa, (siempre estética), ora se sirva del lenguaje rítmico.

Ser poeta, y que como tal le consideraran sus coetáneos, fué la obsesión constante de su existencia. Así, que, de todas las diatribas de sus envidiosos y no escasos detractores, ninguna hi-

rióle tan á lo vivo como la del impertinente Villegas, cuando en una ramplona composición defendiendo al no ofendido Argensola, y al que Cervantes seguramente alabó siempre con exceso, en los tan conocidos cuanto ridículos versos le dijo con despiadada crueldad y manifiesta injusticia:

«Irás del Helicón á la conquista,
Mejor que el mal poeta de Cervantes
Donde no le valdrá ser Quijotista.»

De estas genialidades propias de todos los tiempos, y que tan al desnudo presentan las pequeñas miserias de los hombres por muy eminentes que sean ó que de serlo presuman, abundando en el criterio del ilustre y celebrado Marqués de Valdegamas, hay que apartar la vista con horror y el estómago con asco.

¡De qué manera tan diferente á la de Villegas y consortes conceptuaba la poesía y su ejercicio el gran Cervantes! ¿Queréis recordar acerca de este punto el delicioso coloquio de Don Quijote con el Caballero del Verde gabán? Escuchadme: (Parte segunda, cap. XVI):

«La poesía, señor hidalgo, á mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha

de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hala de tener el que la tuviere á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquél que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso, y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doyme á entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es ésta: el grande Homero no escribió en latín, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razón sería se estendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque según es opinión verdadera, el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su ma-

dre el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinación que le dió el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas que hace verdadero al que dijo: *est Deus in nobis*, etc. También digo, que el natural poeta que se ayudare del arte será mucho mejor y se aventajará al poeta que sólo por saber el arte quisiere serlo. La razón es porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficiónala: así que mezclados la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfetísimo poeta.»

El peregrino concepto de este arte deleitoso, con tan admirable galanura expresado, guarda estrechas relaciones de consanguinidad con la breve y no menos deliciosa descripción que en la *Gitanilla* hace también Cervantes de la poesía, suponiéndola «una bellissima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada y que se contiene en los límites de la discreción más alta: es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran, y finalmente, deleita y enseña á cuantos con ella se comunican.»

Y como conducido por la mano, encaja ahora bien, en este punto, patentizar la injusticia de algunos doctos antiguos y modernos en atribuir á las palabras que consignó Cervantes en el prólogo de sus comedias, la exajerada extensión que no tienen, pues tomando muy al pié de la letra la opinión singular que respecto del egregio escritor tenía el *desconocido autor de nota* á que hace referencia el negociante librero, al espetarle tan en crudo «*que de su prosa se podía*

esperar mucho, pero que del verso, nada», con inexcusable ligereza lanzaron á los vientos de la publicidad la donosa afirmación de que Cervantes era tan mal versificador como buen prosista; afirmación que, de reata, han admitido en nuestro tiempo muchos como artículo de fe. ¡Mal versificador Cervantes, el consumado maestro del lenguaje castellano!...

Pero como quiera que del dicho al hecho hay largo trecho, y el *Magister dixit*, merced á la importancia concedida al raciocinio crítico, quedó felizmente relegado á la simple categoría de muletilla escolástica de los tiempos medioevales, por lo que no caben hoy afirmaciones gratuitas sin ir acompañadas de su respectiva demostración; menos fáciles nosotros que los antiguos en conceder y afirmar por la palabra del maestro, y más diligentes en persuadir con el auxilio de las pruebas, como único medio de lograr el completo convencimiento, trasladamos á continuación algunos sonoros y fluidos endecasílabos, tomados de su *Viaje del Parnaso*, para derribar con ellos la aventurada opinión de esos doctos, á quienes sin duda alguna, ni emocionan ni conmueven las bellezas melódicas de la rima y las galas primorosas del lenguaje rítmico, tan deleitosamente combinadas en ellos, describiéndonos una vez más la Poesía.

Helos aquí:

«Las yerbas su virtud la presentaban,
Los árboles sus frutos y sus flores,
Las piedras el valor que en sí encerraban,
El santo amor castísimos amores.»

.

«Moran con ella en una misma estancia
 La divina y moral filosofía,
 El estilo más puro y la elegancia.
 Puede pintar en la mitad del día
 La noche, y en la noche más obscura
 El alba bella que las perlas cria.
 El curso de los ríos apresura
 Y le detiene: el pecho á furia incita,
 Y le reduce luego á más blandura.
 Por mitad del rigor se precipita
 De las lucientes armas contrapuestas,
 Y da victorias, y victorias quita.
 Verás como le prestan las florestas
 Sus sombras, y sus cantos los pastores,
 El mal sus lutos y el placer sus fiestas.
 Perlas el Sur, Sabea sus olores,
 El oro Tíbar, Híbla su dulzura,
 Galas Milán y Lusitania amores.»

«Son sus obras heróicas inmortales,
 Las líricas suaves, de manera
 Que vuelven en divinas las mortales.
 Si alguna vez se muestra lisonjera,
 Es con tanta elegancia y artificio,
 Que no castigo, sino premio espera.
 Gloria de la virtud, pena del vicio
 Son sus acciones, dando al mundo en ellas
 De su alto ingenio y su bondad indicio».

«¿Puede ninguna ciencia compararse
 con esta universal de la poesía,
 Que límites no tiene do encerrarse?»

A quien de modo tan excelente maneja la tercera rima, y con tal galanura, fluidez, elegancia y rotundidad expresa en lenguaje rimado sus poéticos pensamientos, ¿cabe regatearle el merecido dictado de habilísimo y primoroso versificador?

¿Y qué diremos del famosísimo soneto con estrambote, dedicado al Túmulo del Rey Felipe II en Sevilla, considerado por el propio Cervantes «como honra principal de sus escritos»?:

«Voto á Dios, que me espanta esta grandeza
Y que diera un doblón por describilla;
Porque ¿á quién no sorprende y maravilla
Esta máquina insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale más de un millón, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ó gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza.

Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dejado
La gloria donde vive eternamente.—

Esto oyó un valentón, y dijo: Es cierto
Cuanto dice voacé, seor soldado.
Y el que dijere lo contrario, miente.—

Y luego incontinente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.»

¿Se ha escrito nada mejor en verso en el idioma castellano?

No aumentaremos los ejemplos de otros felices y lozanos versos de arte menor, en rima perfecta y asonante, interpolados en sus novelas, y que tanto abundan en sus comedias, por no hacer interminable este somero estudio.

Pero ante tan elocuentísimas muestras, fuera imposible negar á Cervantes, con la condición de altísimo poeta, la de versificador admirable, al igual que lo fueron, seguramente, Lope de Vega, los hermanos Argensola, Tirso de Molina, Jáuregui, Alarcón, Virués, Guillén de Castro, Ar-

tieda y otros de la numerosa pléyade de líricos y dramáticos afiliados á las escuelas salmantina, sevillana y aragonesa de aquel glorioso siglo de oro de nuestra literatura, con iguales bellezas y defectos y los mismos primores é incorrecciones, como amamantados todos en el misticismo y el erotismo poético de Raimundo Sabunde y de León Hebreo, entonces imperantes.

No negaremos, sin embargo, que dada la excelencia de su rotunda é inimitable prosa, exceda ésta en mucho á sus versos; pero la superioridad elocutiva de aquélla forma tan peculiar suya, en la que no ha tenido rival, no autoriza ciertamente para anular sus felices disposiciones de versificador, ya que su privilegiada condición de altísimo poeta ha ceñido á su frente los laureles de la inmortalidad.

Y de Cervantes, como poeta dramático, ¿qué diremos?

Examinense una por una sus no muy conocidas obras dramáticas; veánse sus diálogos, la disposición de la trama, su división en jornadas, su versificación con sus interminables relaciones é inverosímiles soliloquios; sus discreteos, equívocos, retruécanos, aliteraciones y absurdidades de tiempo, de lugar y de acción, envuelto todo en un ámbito de española gentileza, genuinamente nacional; cotéjense con las de los otros ingenios sus coetáneos, y dígasenos en qué estriba la diferencia, pues confesamos no haberla hallado á pesar de sus tradicionales doctrinas literarias y de su severa crítica, poco justificada, del teatro y de las comedias de su tiempo.

Aunque olvidadas por la avasalladora supremacía del monstruo de Naturaleza, el gran Lope de Vega, que se alzó con la monarquía cómica y fué dictador omnipotente del teatro, las obras dramáticas de Cervantes, escritas en su juventud, (tragedias, comedias de capa y espada, de intriga y entremeses, cuyo número exacto es desconocido), debemos hacer notar, según la propia declaración del autor consignada en el prólogo de las que fueron impresas en su ancianidad, que todas ellas se *recitaron*, ó, lo que es lo mismo, se pusieron en escena *sin que se les ofreciese* (como al parecer era costumbre para premiar las malas), *ofrenda de pepinos ni de cosa arrojadiza*; antes bien, dice Cervantes *que corrieron su carrera sin silbos, gritas, ni baraundas*: demostración palmaria de su bondad y del agrado con que fueron indudablemente recibidas antes de la aparición de Lope de Vega.

Estimamos que el teatro de Cervantes merece en justicia ser más estudiado y conocido para formar juicio exacto y verdadero de las relevantes bellezas que atesora.

Lástima grande que por haberlas condenado á *perpetuo silencio arrinconadas en un cofre* el propio Cervantes, ante la veleidosa conducta de los autores y faranduleros de su tiempo, hayan desaparecido sus comedias «La Confusa» (señalada por buena entre las mejores), «La gran Turquesa», «La batalla naval», «La Jerusalem», «La Amaranta», «El bosque amoroso», y «La bizarra Arsinda», cuyos títulos han llegado á nosotros por haberlos dejado consignados su

autor en la *Adjunta al Parnaso*, y de las que dijo que á no ser suyas le parecieran dignas de alabanza.

Hoy, solo se conservan impresas, reconocidas por auténticas de Cervantes, las siguientes obras dramáticas: la tragedia «La Numancia», las comedias «El trato de Argel», «El gallardo Español», «La casa de los celos», «Los baños de Argel», «Pedro de Urdemalas», «El rufián dichoso», «La gran sultana», «El laberinto de amor» y «La Entretenida», y los picarescos, chispeantes y donosísimos entremeses «Los dos habladores», «La elección de los Alcaldes», «La cárcel de Sevilla», «El juez de los divorcios», «El retablo de las maravillas», «El hospital de los podridos», «La Cueva de Salamanca», «El rufián viudo», «El vizcaíno fingido», «La guarda cuidadosa» y «El viejo celoso».

No terminaremos este deslavazado estudio sin poner de relieve como última fase del ingenio inmortal á quien festejamos, y cuya memoria glorifica en estos instantes España entera, sus relevantes cualidades de poeta místico.

Oíd las sublimes invocaciones á la Virgen María, de los esclavos redimidos, con las que finaliza bellísimamente su comedia *El Trato de Argel*:

ESCLAVO 1.º— «Vuelve, Virgen santísima María,

Tus ojos, que dan luz y gloria al cielo,
A los tristes que lloran noche y día,
Y riegan con sus lágrimas el suelo;
Socórrenos, bendita Virgen pia,
Antes que este mortal corpóreo velo
Quede sin alma en esta tierra dura,
Y carezca de usada sepultura».

ESCLAVO 2.º—«En vos, Virgen dulcísima María,
Entre Dios y los hombres medianera,
De nuestro mar incierto, cierta gula,
Virgen entre las Virgenes primera;
En vos, Virgen y Madre, en vos confía
Mi alma, que sin vos en nadie espera,
Que me habréis de sacar con vuestras manos
De dura servidumbre de paganos».

AURELIO. — «Si yo, Virgen sagrada, he conseguido
De tu misericordia un bien tan alto,
¿Cuándo podré mostrarme agradecido
Tanto, que al fin no quede corto y falto?
Recibe mi deseo, que subido
sobre un cristiano obrar, dará tal salto,
Que toque, ya olvidado deste suelo,
El alto trono del empireo cielo».

¿No es verdad que la dulzura mística de tan sentidas octavas reales, sólo puede compararse á los deliquios poéticos de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, y de Fray Luis de León?

Hemos terminado.

¡Gloria inmortal al gran Cervantes, al valeroso soldado que en la famosa palestra naval de Lepanto *perdió el movimiento de la mano izquierda para gloria de la diestra; al manco sano, al famoso todo, al escritor alegre, y, finalmente, al regocijo de las Musas;*

Al que con gracia sin par
en su modo de escribir,
logra hacernos sonreír,
para no verle llorar;

Al que la forma galana
y el encanto y corrección
de su enérgica dicción
debe el habla castellana;

Cuya portentosa mano
trazó con estro divino
el libro más peregrino
que se concibió en lo humano.

¡Gloria, si; gloria inmortal
al primoroso escritor
y regocijado autor
del *Quijote*, sin rival!

¡Gloria al libro sin segundo
cuya aparición hermosa
festeja España, orgullosa,
con admiración del mundo!

¡Gloria al que á España dió mote,
y entre sabios é ignorantes,
con el nombre de CERVANTES,
Inmortalizó EL QUIJOTE!

He dicho.

*
* *

Presidió el hermoso y solemne festival organizado por los Centros docentes oficiales de Alicante para conmemorar el tercer centenario de la publicación del inmortal *Don Quijote de la Mancha*, el señor D. Niceto Cuenca, Director del Instituto general y técnico, ocupando su derecha el Alcalde accidental Sr. Pérez Bueno, y el Director de la Normal de Maestros, estando á su izquierda el Director de la Escuela de Comercio y la Directora de la Normal de Maestras; tomando asiento en el estrado numerosa representación del profesorado de los referidos Centros oficiales y de los particulares, de las escuelas de instrucción primaria y de las siguientes corporaciones: Ayuntamiento, Diputación provincial,

Cabildo Colegial, Audiencia, Cuerpo Consular, Ateneo, Asociación de la prensa, Cámara de Comercio, etc., etc.

Dió comienzo la festividad por un elocuente discurso del Catedrático de Preceptiva literaria del Instituto Sr. Carpintero, acerca de la publicación del *Quijote*, de la vida de Cervantes y de su admirable obra.

Tras del estudio literario del Sr. Villar, que antecede, leyó el Sr. Llorente un erudito y ameno trabajo del profesor de la Escuela de Comercio Sr. Real Magdaleno, al que siguió la lectura de una hermosa sátira en verso, dirigida á Sancho, del Catedrático Sr. J. de Cisneros, y de un Soneto á Cervantes, del ilustrado ciego alicantino Sr. Just, autor de la única edición del *Quijote* para ser leída por los ciegos.

La profesora de Música de la Normal de Maestras Srta. Miquel, amenizó el acto ejecutando al piano, de modo magistral, varias sonatas clásicas de autores del siglo xvii, y después de conferirse á la profesora D.^a Regina Pérez Alemán el diploma obtenido en el certámen literario abierto por la Normal de Maestras, cerró tan amena solemnidad el Sr. Cuenca con un hermoso discurso resumen, sóbrio, sencillo y profundo, modelo acabado de buen decir, de fino humorismo y de marcado sabor cervantino.

